

Safo

Poema y fragmentos completos
(selección)

Traducción del griego de Bárbara Belloc y Alcira Cuccia

Buenos Aires, pato-en-la-cara, 2006

© 2006 de la traducción: Bárbara Belloc y Alcira Cuccia
© 2006 pato-en-la-cara
patoenlacara@gmail.com

Introducción

Nacida en la ciudad de Mitilene, Safo no fue menos sabia que proba. Era muy hermosa de cuerpo y cara y todo en sus maneras, en su porte, en el tono de su voz y forma de hablar era dulce y placentero, pero el encanto que ofrecía su viva inteligencia era el mayor de todos sus dones, porque era entendida en varias artes y ciencias. Su cultura no sólo abarcaba obras ajenas sino que descubrió nuevas formas de escribir y compuso varios libros de poesía.

Así describió a Safo de Lesbos, en el siglo XV, Christine de Pisan, aunque hay quienes también escribieron que era fea, de piel demasiado oscura, de estatura demasiado baja y hasta de costumbres intolerables para el gusto de su época. Cuestión de gustos, al fin. No obstante, sobre su obra poética todas las fuentes (incluidas las relecturas transhistóricas, las traducciones a varios idiomas, los estudios críticos y la glosa variopinta entorno de la poesía misma) coinciden en decir que es única: lo que hoy sería —sigue siendo— una voz nítida. El sino del clásico, que es hallazgo de todos los tiempos: poder cruzar los siglos y las geografías (y en ello las lenguas) y mantener, reavivar, la vida en el viaje. Ni más ni menos palabras mediante.

(...)

¿Cuánto sabemos de Safo? es una pregunta inevitable, y no por cuestiones frívolas, ya que así como de su persona el paso del tiempo nos ha legado más mito que información contrastable, las lagunas que el mismo tiempo sembró en el cuerpo de su obra todavía dificultan una real comprensión de qué y cuánto se trata. De los nueve o diez libros en que se organizaban sus poemas —que sería lícito llamar "cantos" o "canciones", puesto que fueron escritos en relación a una música—, sobrevivieron tan sólo unos doscientos fragmentos en papiros egipcios, por lo general bastante deteriorados, y en las obras de gramáticos de la época alejandrina, que por su parte no siempre nombran a Safo como la autora.

En definitiva, lo que conocemos de su poesía no representa más que un veinteavo del total supuesto, repartido en fragmentos y un único poema completo.

(...)

En cuanto a la traducción, tomamos como base las ediciones de Lobel y Page (Oxford, 1955), Bowra (Oxford, 1936) y Campbell (Loeb Classical Harvard, 1990), y definitivamente la de Eva-Maria Voigt (Amsterdam, 1971), y el trabajo de muchos años tuvo tanto de práctica de una imaginación utópica, filología a secas, investigación interminable, escuela de pasión y exploración *inter linguas* como de experiencia irrepetible, única. Los

problemas que presenta la traducción de poesía escrita en un raro dialecto antiguo (parte de una lengua que no se habla hace milenios) y la cantidad de factores técnicos a atender (¿qué del ritmo, qué del lexicón y la gramática de nuestro idioma?, por no detallar más) fueron encontrando solución y continuidad a partir de dejarse llevar por la voz de Safo, en sus vaivenes (los pasajes rápidos de primera a tercera persona, de presente a pasado, de interioridad a exterioridad; la superposición de figuras, neologismos y tonos que son su marca) y en el discurrir de su poética, tan misteriosa como diáfana, intentando mantener la sintaxis y el orden de las palabras —esa ilusión de transparencia que a pesar de volver a veces la labor árida y más larga, daría al traductor la gracia de ser casi invisible y al resultado la levedad, la intimidad y la consistencia de la voz— en lo posible. Simplemente: traducir a una poeta como Safo —que también fue música, aunque de su música tan sólo podemos postular líneas melódicas según el ritmo de la letra, como buenos lectores vanguardistas o anacrónicos— es una experiencia que no se puede traducir en palabras, paradójicamente, dado que traducir es hacer las palabras con palabras. Como escribir. O mejor que escribir.

Bárbara Belloc
Buenos Aires, julio de 2007

Signos utilizados:

(...) : pasaje perdido o completamente ilegible

() : pasaje de lectura dificultosa, que las ediciones críticas reconstruyen

(()) : pasaje entre *crux filológica*, es decir, palabras corruptas que las ediciones críticas reponen

> < : palabra que figura como tal y elegimos leer, aunque las traducciones en general la omitan

(xx) : varios versos faltantes (se utiliza sólo en el caso del fragmento 44)

1 (himno a Afrodita)

En tu trono soberbio, Afrodita * inmortal,
hija de Zeus, * urdidora de engaños, te ruego
no quieras subyugar con pena y dolor mi alma,
reina,

sino venir aquí, aun cuando otra vez, lejana
hayas sentido mi voz y me hayas asistido,
abandonando la dorada casa de tu padre para
acudir

cruzando el éter, veloz, en tu carro de guerra
guiado por gorriones, entre alas que se
baten, desde lo alto del cielo hasta la tierra
negra,

y así, una vez llegada, feliz y sonriente
tu rostro divino, ya me hayas preguntado
por qué sufro, por qué te llamo
ahora,

y qué es lo que mi alma tan intensamente ansía:
¿A quién debo persuadir de aceptar tu amor?
¿Quién te desdeña,
Safo?

Porque si huye de ti muy pronto te perseguirá,
si no acepta regalos, los dará
y si no te ama, te amará, aunque no
quiera.

Ven ahora a mí y alláname el camino,
cumple cuanto mi alma anhela ver
cumplido. Conviértete en
mi aliada.

* Afrodita: hija de Zeus y Dione, esposa de Hefesto, y amante de Hermes, Ares y del humano Anquises (con el que concibió a Eneas), entre otros. Su templo más grande en Grecia estaba en la ciudad de Pafos, en la isla de Chipre (Kypros). Se la identifica como diosa del amor, el deseo y el sexo. Según la tradición que la había hecho surgir como hija del mar (de los testículos de Urano cortados por Cronos), su nombre se debía a la espuma (aphrós) y le daba imperio también sobre los navegantes, las aguas, la procreación y la vida

* Zeus: padre de los olímpicos, los dichosos, los felices; el olímpico por excelencia

Cipris * y Nereidas, * les pido
que mi hermano vuelva a salvo
y que todo deseo sincero suyo sea
y acontezca;

que aquello que erró sea disuelto,
que se vuelva dicha para los amigos,
(la desdicha) de los enemigos, y no haya
quien sea (una calamidad) para nosotros;

que ofrezca a su hermana
(...) respeto, y que los pesares
(...) que a ellos en el pasado infligió
(...)
(...) oyendo granos de cereal
(con una acusación) (...) de los ciudadanos
(...) no, no otra vez
(...)
(...)
(...) pero tú, (sagrada) Cipris (...)
(...) aparta el mal (...)
(...)

* Cipris: nombre de la Afrodita venerada en Kypros (Chipre), apodada Ciprogenea
* Nereidas: ninfas del mar, supuestamente cincuenta, hijas de Nereo

15

a, b)

(...) bendita
(...)
(...)
(...)
(que lo que erró sea disuelto)

(...)
(...) (la suerte de llegar a puerto)
(...)

Cipris: * ojalá te encuentre muy amarga
y no se jacte Dorica diciendo cómo
él volvió y por segunda vez poseyó
(...) ese amor (que extrañaba)

* Cipris: nombre de la Afrodita que se veneraba en Kypros (Chipre), apodada Ciprogenea

16

Algunos dicen que un ejército a caballo, otros que los soldados a pie,
y otros que una escuadra de naves, sobre la tierra negra,
es lo más bello. Pero yo sé que lo más bello es
lo que se ama.

Lo que es sencillo de entender para cualquiera,
puesto que ella, entre todos los mortales
la más bella, Helena, dejó a su esposo
excelso

y partió navegando a Troya
sin añoranza alguna de su hija
ni de sus familiares queridos, guiada (por Cipris *)
(con ligereza)

(...) así (...)
(...) luminosamente (...)
(...) recuerdo ahora a Anactoria,
la ausente:

sus bienamados pasos, la vibrante
luz en su rostro preferiría contemplar
y no las carrozas de Lidia o las armaduras
de los soldados.

(...) es imposible que suceda
(...) humano (...) pedir poder compartir
(...)
(...)
(...)
(...)
(...)
hacia (...)

(...)
(...)
(...)
lo inesperado.

* Cipris: nombre de la Afrodita venerada en Kypros (Chipre), "Ciprogenea"